

días erigidas en su diócesis «que se abstengan de conceder títulos honoríficos de hermano mayor o similares, medallas, etc., sin previa autorización del prelado, que vendrá en todo caso condicionada a la constancia de prolongados méritos personales para con la asociación por parte del agraciado». Asimismo ha



ordenado «una mayor austeridad en los gastos y la previa aprobación del prelado para los extraordinarios con motivo de nuevos altares, imágenes, pasos y objetos de culto en general, aun en el supuesto de que para ello se cuente con donativos o suscripciones voluntarias». («Vida Nueva», núm. 622, 20 de abril de 1968.)

UNA CATASTROFE AMERICANA

«Los Estados Unidos no son ya los mismos desde el asesinato de Lutero King. Hay una efervescencia de guerra civil. Está el ejército en las calles. ¿Era esto lo que se proponía el asesino de Memphis? ¿Era una provocación para precipitar este estado de guerra civil en la que, teóricamente, los veinte millones de negros, apenas armados, deberían ser reducidos y acallados por el inmenso despliegue de lo que se llaman «las fuerzas del orden»? Ciertamente, la rápida versión oficial establece la tesis, ya clásica, del asesino solitario. «El asesino no tenía cómplices», ha dicho con curiosa perspicacia y rapidez de investigación, Fran Holloman, jefe de la policía de Memphis. Otra vez, un antiguo eco resuena en estas palabras: el de la voz del jefe de la policía de Dallas cuando, asesinado Oswald, al que se acusaba del asesinato de Kennedy, dijo: «El asunto ha terminado». Estos asuntos no terminan cuando quieren los poderes, cuando lo dicen los jefes de policía.

Del asesinato de Kennedy al asesinato de King, de la escalada de Vietnam a la fuga de Johnson, de la economía forzada y la crisis del dólar a la destrucción de las esperanzas de los humildes, del repliegue sobre sí mismos de los mecanismos políticos para impermeabilizarse a la fuerza de la opinión pública a la radicalización de ésta en forma de manifestaciones y protestas airadas, no hay solución de continuidad. Forman un todo histórico. Forman la fisonomía deshecha, destrozada, de una nación. Se estaba hablando ya desde hace años, y cada vez con más insistencia, de la crisis de Estados Unidos. Hoy, la palabra crisis aparece como largamente sobrepásada. Se puede empezar a hablar de catástrofe.»

(«Triunfo» núm. 306, 13 de abril de 1968.)

La Parroquia somos todos.

No lo mucho hecho por pocos, sino lo poco hecho por muchos.

SIEMBRA espera sus sugerencias